

PELO Y PODER

El año pasado apareció, en la revista ECA del mes de mayo, un comentario de Ignacio Martín-Baró titulado "Peluqueros institucionales", en el cual proponía unas líneas de interpretación psicoanalítica que ayudaran a entender el significado del corte de pelo que se hizo a los alumnos que por primera vez ingresaban a la Universidad. Hoy, al repetirse el mismo fenómeno ritual de iniciación, quiero extrapolar algunas de sus indicaciones hacia un comentario de lo que puede significar la "pérdida del poder" consecuente a toda castración.

No es el uso de ritos, ni la necesidad de pasar por ellos, para ser aceptado socialmente, lo que debe ser discutido. Lo enjuiciable, en este caso, es la misma disponibilidad —consciente o inconsciente— que presentan los "peluqueados" para pasar por rito tan específico y la aspiración manifiesta de ser aceptados dentro de un tipo de sociedad que, quizás, sea la misma que mantiene y promueve las situaciones de dependencia, marginalidad, etc.

Es cierto que, en la medida en que se ha ido conformando la "sociedad civilizada", la libre gratificación se ha ido haciendo incompatible con tal tipo de estructura; y que, por lo mismo, la renuncia y el retardo de satisfacciones —por parte del individuo— y la represión de las tendencias individuales —por parte del grupo— se han convertido en los prerequisites del progreso; se ha comprendido que la entrada a la vida social sin "dolor" es imposible. Pero no es, tampoco, esta "represión básica" la que se enjuicia; lo que ha de juzgarse es la cantidad de "represión sobrante"; lo reprochable es el tipo de "racionalidad" y el tipo de cohesión social que se quiere perpetuar. Que la sociedad use ritos de iniciación puede, de hecho, no ser criticable; pero que la universidad se empeñe, a través de un ritual de "castración", en hacer comprender, a sus iniciados, que entrar a la sociedad profesional implica la pérdida del poder personal, sí es preocupante.

El corte de pelo, como ya antes se indicó, es una castración simbólica del individuo. Sin embargo, en nuestra situación, no sólo se está simbolizando el abandono de gratificaciones individuales que pudieran convertirse en una amenaza para la vida en comunidad, sino que se está simbolizando, además, que la especial condición de vida del mundo profesional no admite las aportaciones individuales que trabajen dentro de una lógica y una sensibilidad distintas a las ya institucionalizadas. El problema se agrava cuando encontramos que los iniciados someten, en la aceptación del rito, hasta su misma imaginación y su misma capacidad de protesta; se aprende que la megamaquinaria social es demasiado fuerte y contra ella nadie puede oponerse. Y cuando hallamos que a aquellos que se niegan a la entrega de "su poder" se les tilda de falta de compañerismo o hasta de tontos, y que, tanto iniciados como oferentes como espectadores, identifican "ser macho" con dejarse "castrar", ya se deja vislumbrar, claramente, el tipo de lógica que trabajan tales estudiantes.

El nuevo ha introyectado el poder de “los otros” y su propia impotencia para generar acciones personales que contradigan “lo establecido”; toda la agresividad reprimida y todos los temores consecuentes a sus primera experiencia universitaria, los desplazará, luego, “cortándoselo” a los que habrán de sucederle en la entrada al “Alma Mater”; como dice Feniichel, el atemorizar a otros se les convierte en un excelente método para aquietar los temores propios.

Esto contribuye, en gran parte, a hacer de nuestros universitarios un “ser inofensivo” en la lucha contra el statu quo; agrede y hasta destruye todo lo que pueda amenazar su seguridad institucional, pero no es capaz de inscribirse en una reinversión de las instituciones que mantienen a su sociedad. Puede dar resultados muy significativos el constatar qué facultad es la que auspicia y oficia el rito y qué clase de alumnos son los encargados de dirigir el movimiento pro corte de pelo. En todo caso, el que padece la represión y castración escolares, está preparado para someterse a cualquier otro tipo de represión o castración social.

Sería aconsejable que estos “Dalilos” dejaran de pensar en el corte que le hacen a sus compañeros como en un simple juego y trataran de entender que su “juego” es una manifestación dramática de la función castrante que ha ejercido sobre ellos la educación y que, posiblemente, lo seguirá haciendo. Ser escolar —universitario— ha implicado permanecer sin poder; y como el poder ha sido erradicado de la propia persona, la búsqueda del mismo la encauzará luego en la identificación con el poder de la institución.

La crisis de la universidad latinoamericana no solo se plasma en el vacío crítico que vivimos, sino que se representa públicamente en la castración simbólica de sus iniciados.

